

x EL MUNDO CAPITALISTA, AL BORDE DE UNA GRAN CRISIS? (*)

Leonard

I. INTRODUCCION

El presente trabajo en cuanto recoge un conjunto de reflexiones relativas a la evolución del sistema capitalista (particularmente la economía estadounidense) y lo que parecen ser sus perspectivas más inmediatas, no pretende de manera alguna detenerse en grandes y complejas elucubraciones ni abstracciones teóricas, sino simplemente plantear, para discusión, lo que cada vez se comenta con gran ansiedad y preocupación: La inminencia de una *gran crisis económica internacional* del mundo capitalista.

El subrayado de la expresión gran crisis económica internacional es, por supuesto, deliberado; pues, se admite que las crisis económicas son inherentes al funcionamiento del sistema capitalista y que los diversos cambios sufridos por él a partir de la depresión más profunda ocurrida entre 1929-1933, si bien le han permitido mitigar los efectos depresivos, no lo han hecho inmunes a la crisis, sobre todo, si los tales diversos cambios parecen estar muy cerca de los límites impuestos por el funcionamiento del propio sistema.

(*) Los datos relativos de la crisis de la economía norteamericana y mundial, así como los fragmentos de discursos y declaraciones han sido tomados de informaciones periodísticas.

Después de la gran crisis de 1929, el mundo capitalista y particularmente la economía norteamericana, convertida en centro hegemónico del capitalismo mundial, ha venido expandiéndose a ritmos relativamente estables, en el sentido de que las depresiones a las que se ha enfrentado, como las que ocurrieron entre 1937-38, 1949, 1953-54, 1959-61, 1968 y 1971, no causaron los estragos tan trágicos como los generados por la crisis de 1929. En estas circunstancias conviene preguntarse, logrará la economía norteamericana sortear la crisis que se desata en la actualidad, 1974, o será ésta el preludio de otro 1929?

II. LA CAUSA DE LA CRISIS Y SUS CONTRAPESOS

Se reconoce que la causa fundamental de las crisis a las que se han enfrentado y se enfrenta el capitalismo radica en la discrepancia notable que se observa entre una "tendencia fuerte y sistemática del excedente (1), a subir en absolutos y en proporción al producto total" y, las posibilidades de utilización socialmente productiva de ese excedente. En otras palabras, que el capitalismo monopolista es capaz de generar una producción en una magnitud tan grande que si, paralelamente, no surgen posibilidades de absorción de ella, o lo que es lo mismo, de utilización de los excedentes, los propietarios de los medios de producción se ven imposibilitados de invertir y, por consiguiente, de obtener beneficios o de realizar la plusvalía para poner en marcha a la economía nacional y mundial y por lo menos mantener el nivel de producción y ocupación.

Después de 1929, y especialmente después de la Segunda Guerra Mundial, el capitalismo registra una serie de cambios que han conjurado la amenaza de graves y prolongadas

(1) "Diferencia entre lo que una sociedad produce y los costos de esa producción". Las expresiones entre comillas son transcripciones de "El Capital Monopolista" de Baran y Sweezy — Siglo XXI, Editores S.A.

depresiones, en cuanto han ayudado a reducir el monto de excedentes o de recursos disponibles para la inversión sin destruir ni afectar mayormente los niveles de rentabilidad individual, que es la característica fundamental que mueve al capitalismo como modo específico de producción.

Entre los mencionados cambios corresponde citar el aumento del consumo, especialmente superfluo, y las consiguientes campañas de publicidad y de crédito que lo promueven y lo orientan; la acelerada sustitución de las plantas industriales y de maquinaria, nuevas inversiones al estímulo de notables progresos tecnológicos generados precisamente para dar salida a los excedentes acumulados; el traslado de algunas plantas industriales a países que se encuentran en la periferia del capitalismo internacional; el despilfarro institucionalizado que se hace presente en múltiples formas; diferenciación irracional de productos, cambio de modelos, exploración espacial, producción de múltiples servicios socialmente innecesarios, etc.

Por supuesto, detrás de éstas y muchas otras formas de utilización de los excedentes, se encuentra implícita sea una política económica cada vez menos ortodoxa y que ahora se la acepta precisamente para tratar de salvar al sistema, sea también y fundamentalmente, una creciente participación estatal en la actividad económica que no significa entrar en conflicto con los intereses de los capitales privados.

Pero el método más eficaz para el sistema capitalista, desde el punto de vista de la absorción de excedentes, han sido las guerras. Estas no sólo que han contado con la aprobación del capital privado, tanto porque los gigantescos gastos militares le han significado jugosos encargos de fabricación de material bélico, cuanto porque el uso del material no compite con la producción lanzada al mercado ni se reintegra al proceso de reproducción, con lo cual se genera una base de indudable estímulo económico que, en cuanto apacigua la tensión social y aquieta la efervescencia política, resta prioridad a las reformas sociales y a la necesidad de abolir los privilegios particulares, manteniéndose por lo tanto inalterada la estructura de la sociedad.

A la utilización indiscriminada y múltiple de los facto-

res anotados, corresponde atribuir la relativa expansión sin graves depresiones del capitalismo postbélico. Así, desde fines de la Segunda Guerra Mundial hasta la depresión de 1949, la economía norteamericana, que sólo durante la última etapa de la conflagración se vio envuelta en un conflicto lejos de su territorio, mantuvo su capacidad productiva intacta, y pudo beneficiarse de una demanda intensificada de bienes industriales y de equipo bélico por parte de sus aliados y no aliados devastados por la guerra. Se dio entonces, gracias a la guerra, una importante base de acumulación de capital y de oportunidad de utilización de excedentes que permitió una expansión sin graves crisis.

Cuando ya agonizaba este factor de evasión de excedentes, la economía norteamericana se puso nuevamente en pie de guerra hasta 1945 para luego de una considerable difusión de excedentes a través del Plan Marshall, en la Europa necesitada de reconstrucción, participar en el conflicto coreano de 1950 que le significó una base importante de acumulación hasta fines de la década en que nuevamente se presentaron síntomas de debilitamiento que pudieron ser amortiguados gracias a los sucesivos déficits presupuestarios recomendados por la teoría Keynesiana y alcanzados gracias, sobre todo, a notables reducciones impositivas complementadas con determinados aumentos en los gastos públicos para "elevar el grado de disponibilidad de las defensas militares, los requerimientos especiales de la crisis de Berlín y el Programa espacial en rápida expansión". (2)

Era evidente, por otro lado, que ya para 1964 empezaban a sentirse en la economía norteamericana, los primeros efectos estimulantes de la intervención estadounidense en Vietnam.

Pero nuevamente para fines de la década 1960-70 y más aún con el retiro de los Estados Unidos de Vietnam, y la "estabilización estructural" del mercado común europeo que, en su fase expansiva le ofreció oportunidad de derramar una

(2) Informe de D. Dillon, Secretario del Tesoro citado en "La Crisis del Dólar y la Política Norteamericana" — Vivian Trías.

buena parte de sus excedentes en un espacio económico imprescindible para la acción de sus corporaciones; los efectos dinámicos (en la economía norteamericana) de la militarización y de las inversiones en el exterior, empiezan a languidecer.

III. *LA INTERNACIONALIZACION DEL CAPITALISMO*

Pero esta vez la situación está cargada de nuevas dificultades.

El mundo capitalista se ha integrado bajo la dirección hegemónica de los Estados Unidos. Grandes empresas norteamericanas, capaces de alcanzar la estructura de multinacionales se han precipitado a lo largo y a lo ancho de todo el mundo. Las inversiones en el exterior, la captación de fletes y seguros, los préstamos atados, las transacciones bursátiles, las operaciones financieras han interrelacionado intensamente a todo el mundo capitalista. Los conflictos bélicos son ahora más limitados en tiempo y en espacio y no están ajenos a un desborde. Las grandes potencias se esmeran por evitar acumulación de armamento en los principales países hegemónicos. Con esto no se quiere rechazar la posibilidad de que en zonas no muy explosivas se puedan desarrollar ciertas guerras controladas. A esto último respondería la tesis del Secretario de Estado Norteamericano, el señor Kissinger, quien sostiene que toda guerra que no daña el equilibrio internacional no es una guerra mala.

Pero lo que interesa destacar, sin embargo, es el hecho de que la norteamericanización de la economía internacional ha sido posible a un costo que hoy empieza a volverse muy oneroso para los Estados Unidos. Así, los frecuentes déficits en la balanza de pagos norteamericana (por la evidente recuperación de las economías antes devastadas que empezaron a ofrecer una producción a mejores precios que la producción norteamericana) han promediado los US\$ 2.000 millones anuales desde 1950 hasta 1972. Si la expansión norteamericana en todo el mundo exigió una diseminación astronómica de dólares, ahora la cantidad de divisa norteamer-

ricana disponible en el mundo resulta excesiva a las necesidades comerciales con Estados Unidos. Si en el pasado, la emisión de dólares financió la afirmación de la hegemonía norteamericana en el mundo capitalista, ello ha traído ahora como resultado una inflación que le resta posibilidades de exportación y de solución de su creciente déficit de pagos con el exterior.

Añádase a todo lo anteriormente expuesto, los efectos provocados por la acción de los países periféricos para defender sus materias primas y particularmente la actitud de los países productores de petróleo al elevar el precio del crudo como una medida defensiva de su capacidad de compra exterior, que ha obligado a los Estados Unidos a emitir más dólares para sostener sus importaciones de petróleo, en cuanto no quiere hacer uso de sus reservas, y para no deteriorar la liquidez de la economía capitalista mundial.

Y todos estos acontecimientos significan una afluencia cada vez mayor de dólares hacia el extranjero, dólares que tienen menos respaldo oro, lo cual destaca la notable vulnerabilidad de la economía norteamericana en materia de convertibilidad de la moneda que hace las veces de moneda oficial del comercio internacional.

Precisamente para tratar de conjurar los problemas de la depreciación real del dólar, el Gobierno Norteamericano se vio obligado en 1971 a devaluar su moneda en 8.6%, a establecer recargos tributarios a sus importaciones y a suspender la convertibilidad del dólar por oro y otro activo de reserva. Estos arbitrios resultaron sin embargo insuficientes, pues en febrero de 1973 se produjo otra devaluación del dólar en un 10%.

En este tipo de análisis, lo que verdaderamente corresponde destacar e insistir es en el carácter altamente integrado del sistema capitalista, bajo la hegemonía norteamericana de Wall Street. Así, la balanza de pagos estadounidense asume una extraordinaria significación como centro nervioso en el cual se concentran las más importantes contradicciones del mundo capitalista. Los déficits norteamericanos no repercuten tanto sobre la economía interna como sobre las economías de las otras potencias, a través de con-

trapartidas de los superávits europeos, japoneses y últimamente árabes.

No es posible ni viable en estas condiciones un aislamiento de ningún país capitalista en particular ni mucho menos el repliegue de la economía norteamericana a una operación en el marco de sus propias fronteras. Si esto se diera, se frenaría la expansión imperialista, se detendría la corriente de beneficios de las corporaciones multinacionales, lo cual precipitaría al país y a todo el sistema a una crisis total. La inversión norteamericana fuera de su territorio supera los 400.000 millones de dólares regados en todos los países del mundo. Norteamérica no puede prescindir de este considerable monto ni de los beneficios que le reportan si es que desea subsistir como potencia hegemónica del capitalismo mundial.

IV. *LOS PRINCIPALES SINTOMAS DE LA CRISIS ACTUAL*

Una revisión y análisis aunque sea general de la situación económica de Estados Unidos, permite colegir que ella se encuentra afectada por algunas contradicciones esenciales.

a) Una inflación nunca antes vivida por el país. Informaciones oficiales reconocen que la subida de precios alcanza al 15%, prediciéndose que tal subida continuará a un ritmo en ningún caso inferior al 12%, siendo necesario se indica, entre un año y medio y tres años para reconducir la inflación a cifras más soportables.

No se han hecho públicas las medidas que se adoptarán en el plano indicado para conjurar el ritmo inflacionario y evidentemente no existe el propósito de afectar, aunque sea en muy escasa medida, a los grupos hegemónicos de ese país. Mas bien, observando y analizando los términos de los nuevos contratos negociados este año por los sindicatos, se encuentra que los aumentos en los niveles de salarios son del orden del 9.8 por ciento, aumento que es sin duda insuficiente para hacer frente al aumento de los precios, con lo cual se hace recaer el peso de la inflación en los grupos so-

ciales que perciben rentas fijas, contribuyéndose de esta manera a contraer la demanda y a acentuar los peligros de una prolongada recesión.

b) Un desempleo también espectacular que supera largamente a la cifra de desocupados tolerada como "mal endémico normal". Se estima que actualmente en los Estados Unidos existen unos 7.000.000 de desempleados que representan aproximadamente el 6% de la mano de obra activa, el nivel de desocupación más alto registrado en los últimos años.

Las perspectivas de superar el problema desocupacional no son halagüeñas ni mucho menos. Así por ejemplo, sólo la General Motors anunció que en noviembre de este año dejará cesantes a 6.000 trabajadores y que por 1975 reducirá en 5 por ciento la producción de automóviles, lo cual probablemente exigirá nuevos despidos de personal.

c) Un ahondamiento del déficit en la balanza de pagos. Se considera que la economía norteamericana cerrará 1974 con un déficit de su balanza comercial de más de 5.000 millones de dólares.

d) Una apreciable disminución de los valores de los principales títulos, reflejo evidente de la baja utilización de la capacidad productiva de las empresas. El índice "Dow Jones", que registra el comportamiento de 50 acciones industriales predilectas ha llegado a su nivel más bajo desde 1962 y aún el precio promedio de las acciones comunes muestra evidentes tendencias a la baja. Estos hechos deben interpretarse como una sostenida oferta de los títulos ante una reducida demanda por los mismos, como resultado de apreciables reducciones de los niveles de rentabilidad.

Así, los pedidos a las fábricas de artículos duraderos declinaron en septiembre del presente año, en un 6.0 por ciento, lo que representa la baja más pronunciada en la demanda de tal rubro en los últimos seis años y medio.

La General Motors anunció que hasta mediados de octubre de 1974 sus ventas de autos nuevos habían bajado en un 28 por ciento comparadas con las del mismo período de 1973. Por su parte, la Firma Chrysler, durante los dos trimestres intermedios del presente año, tuvo una pérdida de

25.500.000 dólares como resultado de acentuadas reducciones en sus ventas.

Los tipos de interés bancarios seguían bajando en el último mes y aumentando aceleradamente el medio circulante. Durante la última semana de octubre, el First National City Bank de Nueva York, rebajó el tipo de interés de sus préstamos al 11 por ciento anual, igual que otros grandes bancos. La declinación de la bolsa no se ha detenido y la variabilidad y desconcierto en las cotizaciones muestra una tendencia en sentido contrario. Esta gran variabilidad que se observa en la evolución de las cotizaciones de los títulos en los mercados de valores, pareciera obedecer al cada vez más reducido período que media entre las etapas de contracción y expansión de los ciclos económicos. Así, la etapa de expansión de tales ciclos, que entre 1948 y 1953, fue de 42 meses, para 1960 y 1962 había bajado a 18 meses, y, durante los últimos cinco años, se habría reducido a un máximo de 10 meses.

Las últimas propuestas hechas por el Presidente Ford al Congreso de los Estados Unidos para luchar contra la inflación y reactivar Wall Street, incluyen la reducción fiscal sobre las inversiones y la deducción de impuestos a los dividendos de ciertas acciones preferenciales. Simultáneamente propuso un aumento del 5% de los impuestos a las familias con ingresos superiores a los 15.000 dólares anuales.

La situación planteada tiende a complicarse como resultado de los abultados depósitos que los países árabes están haciendo de sus abundantes petrodólares en bancos privados y comerciales de todo el mundo y que, de alguna manera, afluyen nuevamente a los Estados Unidos, que al no ofrecer ni mucho ni menos perspectivas ilimitadas de expansión de sus inversiones internas, lo deja en una posición de extrema vulnerabilidad a la saturación.

Simultáneamente a esta serie de graves acontecimientos en los Estados Unidos, el resto del mundo capitalista se mueve también en el desconcierto.

En Francia, la empresa Citroen, la mayor productora independiente de automóviles (la Renault funciona con subsidios del Gobierno Francés), había sufrido una pérdida equi-

valente a los 80 millones de dólares durante el primer semestre de 1974.

Fuertes e inusitadas fluctuaciones de los tipos de cambio, de las tasas de interés, desocupación, quiebras bancarias como las del importante Banco Herstat de Alemania Federal, del Franklin National Bank y otras afectaciones como las del Lloyds International Bank de Londres y la suspensión de los pagos por parte de Israel British Bank también de Londres, así como la reducción a tres y cuatro días de la semana laboral, para 75.000 obreros de las industrias automovilísticas, textil y química de Italia, como resultado de drásticos cortes de producción y falta de mercado. La Empresa FIAT ha hecho conocer que tiene almacenado sin vender unos 300.000 automóviles. Toda Italia padece una inflación, oficialmente reconocida, del 21 por ciento anual, creciente desempleo y el consiguiente descontento social con amenazas de huelgas.

V. *EL DISCURSO DEL PRESIDENTE DE ESTADOS UNIDOS Y OTRAS ACCIONES EN EL CAMPO INTERNACIONAL*

Frente a los graves acontecimientos que vive el mundo capitalista y particularmente la economía norteamericana, no se advierte hasta ahora la existencia de una política de largo alcance para mitigar los principales problemas o, al menos, para evitar que ellos causen estragos mayores. De ahí que las principales intenciones de política haya que encontrarlas en discursos y declaraciones como el pronunciado por el Presidente Gerald Ford en la Convención Mundial de Energía, celebrada en Detroit los últimos días del mes de septiembre del presente año.

En dicho discurso se llegó a planear la posibilidad de guerra por el problema petrolero, reconociéndose, sin embargo, que "cualquier conmoción local podría transformarse en catástrofe global". El discurso, a su vez, constituyó un verdadero ultimátum a los países exportadores de petróleo y el otorgamiento de luz verde para que el Congreso estado-

unidense se dedique, como en efecto sucedió, a estudiar la supresión de ayuda a tales países.

Por otro lado, y en otro discurso pronunciado por el Presidente Ford en Washington con motivo de la inauguración de la Asamblea del Fondo Monetario Internacional, el 30 de septiembre del presente año, destacó en un tono conciliador que "en esta época de reto sin precedentes, es necesario unirnos en un espíritu de cooperación internacional. Estados Unidos no quiere el aislamiento y sí más cooperación".

Obsérvese que Washington habla de unión y cooperación cuando se ha convertido en deudor y empieza a sopor-tar graves dificultades. En lo demás es un planteamiento lúcido desde el punto de vista de la potencia hegemónica del capitalismo. Este es un sistema mundial, interrelacionado, por consiguiente, sus contradicciones y dificultades deben resolverse a esa escala.

La ausencia de resultados concretos de la citada reunión del Fondo Monetario y de otra convocada por Estados Unidos para analizar las consecuencias económicas y la manera de reintegrar al circuito financiero mundial los petrodólares y en la cual participaron Japón, Alemania Federal, Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos, son otros síntomas de los desconciertos y de las crecientes dificultades de la potencia hegemónica del capitalismo mundial para conciliar las contradicciones intermonopolistas y, sin duda, el juego de los propios monopolios norteamericanos.

La falta de resultados concretos en el caso de la Asamblea del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial, es digno de destacarse en cuanto reflejan un balance que aún puede considerárselo positivo para Estados Unidos, que a toda costa pugnaba porque no se estableciera un fondo de 86.000 millones de dólares para asistir a los países en desarrollo sacudidos por la crisis mundial. Se destaca por parte del Secretario Norteamericano del Tesoro, William E. Simon, que había en el aire demasiadas incertidumbres para pensar en planes de largo alcance. Es que, en el fondo de esta posición, aún les queda a los voceros estadounidenses la esperanza de poder maniobrar en el seno de la OPEP para una baja en el precio del petróleo y, ciertamente la *incerti-*

dumbre de que un fondo no manejado por ellos retorne como órdenes de compra para la producción norteamericana.

A su vez, el Secretario de Estado Norteamericano, Henry Kissinger, en un discurso que pronunció en la XXIX Asamblea General de las Naciones Unidas, insistió en que el "mundo se encuentra en el umbral de una depresión general y que no puede afrontar los actuales precios del petróleo y mucho menos a alzas continuas".

La principal preocupación de las grandes figuras del gobierno norteamericano, es la relativa a las alzas continuas en el precio del petróleo, al cual atribuyen básicamente la causa de la inflación mundial y de los desajustes financieros internacionales.

En realidad, el fenómeno inflacionario mundial se inició mucho antes del aumento del precio de petróleo y, las alzas de los precios del petróleo y otros mecanismos adoptados por los países productores de crudo para captar en proporciones mayores las excesivas ganancias de las compañías petroleras extranjeras, constituyen una de las pocas medidas de política para parcialmente tratar de contrarrestar el saqueo y la explotación que por largos años han ejercido las grandes potencias, obligando a bajar los precios del petróleo y otras materias primas y a consumir productos manufacturados a precios de monopolios.

Esto lo saben muy bien los principales voceros de los países imperialistas. Sin embargo, si insisten en sostener que el continuo aumento del precio del crudo es la causa del desorden financiero y económico en general del mundo capitalista, es con el ánimo quizás de crear un clima psicológico para justificar una intervención militar en cualquier país del mundo y quizás más concretamente para invadir una o varias naciones productoras de petróleo. Así lo sostiene el Sha de Irán, al reconocer que "la amenaza de que un día nos enteremos de que una región rica en petróleo ha sido ocupada por los infantes de marina de Estados Unidos no es remota". El mismo dignatario iraní llama la atención mundial respecto a la escasa o ninguna explotación que los Estados Unidos hace de sus propios recursos de petróleo, de arenas bituminosas y de sus depósitos de carbón como

fuentes energéticas. Estados Unidos importa actualmente 6.2 millones de barriles de petróleo por día.

La otra razón que justificaría la insistencia de los países industrializados de sostener que el precio del petróleo es el origen de la actual crisis mundial, se relacionaría más con el evidente desgaste que tal hecho habría provocado en los planes de expansión del imperialismo y, especialmente en este caso, del imperialismo norteamericano.

Así, por ejemplo y en el caso de América Latina, es evidente que los capitales norteamericanos invertidos en el Brasil y que propiciaban el "milagro brasileño", con el fin de usar la oligarquía de ese país como satélite mayor y puente para su expansión en un gran mercado constituido por las restantes naciones latinoamericanas, es una política que se ha visto duramente afectada por el aumento en el precio de petróleo. Se ha estimado que el Brasil (que necesita de unos 550.000 barriles de petróleo de los 700.000 que consume diariamente) cerrará 1974 con un déficit en su balanza de pagos superior a los 4.000 millones de dólares. En estas circunstancias el "milagro brasileño", que tantas expectativas y estímulos de imitación despertó en los restantes países de la región, está desmoronándose y, con ello, las tesis geopolíticas y los propósitos de expansión del imperialismo.

El último aumento de precios decidido por los países agrupados en la OPEP en su reunión de Viena y que entró en vigor el 1º de octubre de 1974, significará una disponibilidad adicional de 5.000 millones de dólares, cifra ésta que acrecerá la hemorragia de dólares que se convertirán en nuevos factores de presión y de aumento de liquidez de la economía mundial.

VI. OTRO 1929?

Los difíciles acontecimientos internos que está viviendo Estados Unidos y las hondas repercusiones que ellos están generando en todo el mundo, así como el recuerdo de las gravísimas consecuencias que tanto en el orden económico como especialmente en el político provocó la crisis de 1929 (emergencia de la URSS como gran potencia y la revolución china

entre otras) determinará sin duda que los Estados Unidos, como potencia integradora del capitalismo mundial y las otras potencias, se unan estrechamente para diferir el advenimiento de otro 1929 en 1974; pues, reconocen que después de 45 años la correlación de fuerzas ha variado radicalmente y que ya no le favorecen abrumadoramente. Wall Street y el Pentágono retrasarán todo lo que puedan la presencia de una gran crisis a través de medidas que es imposible de predecir o de vaticinar, pero entre las cuales no cabe desechar a la guerra.

Pero para decirlo claramente, ya ni la guerra puede ser un estímulo de consideración para liberar a Estados Unidos de una gran crisis y ello, tanto por el carácter no convencional de las mismas, en el sentido de que el uso del material bélico moderno en cuanto no exige tanques, aviones, artillería, sino más bien proyectiles termonucleares y una gran cantidad de implementos electrónicos, no sólo que genera una irradiación sensiblemente menor en términos de ocupación de capacidad productiva y de mano de obra, sino también porque los destrozos que el uso que tal material provoca evidentemente limita la duración de los conflictos. Al fin y al cabo, la aparición en el horizonte bélico de las armas nucleares ha determinado que la "guerra fría" no se haya transformado en "guerra caliente", obligándose las grandes potencias a ejercer aquello de la "coexistencia pacífica".

Una guerra al estilo tradicional, en cambio, permitiría evacuar una gran cantidad de armamento no sofisticado que ahora se encuentra copando la capacidad de almacenamiento bélico de las grandes potencias; pero a su vez, generaría una capacidad de movilización capaz de convertirse en una alternativa revolucionaria para resolver los problemas del desarrollo del mundo explotado.

No significa todo lo hasta aquí planteado, que el capitalismo se encuentra al borde del abismo, en el límite del colapso final. Al respecto conviene una y otra vez tener en cuenta de que Estados Unidos sigue siendo la potencia hegemónica más grande del mundo y que su campo de manobra es aún bastante amplio.

Una cosa, sin embargo, está muy clara. Para postergar la vigencia de una gran crisis y para Estados Unidos contener su deterioro como centro hegemónico del imperialismo, transferirá al exterior el peso de sus dificultades tratando de limitar el déficit endémico de su balanza de pagos y de resolver sus contradicciones internas. En este sentido, intentará intensificar al máximo la explotación de las economías explotadas mediante diversos procedimientos que de una u otra manera contribuirán a debilitarlo y a facilitar el surgimiento de otro sistema económico y social mundial. Entre los procedimientos a los que Estados Unidos podría acudir, para “solucionar” las dificultades sin mencionar específicamente a la guerra, no merecen descartarse los siguientes:

1. Devaluación del dólar, para de este modo permitir que sus escuálidas reservas de oro puedan respaldar las emisiones de la moneda que hace las veces de moneda oficial del comercio internacional. Con una medida de esta naturaleza, se fortalecerían sus exportaciones, se reducirían sus importaciones y se tendería a equilibrar su balanza de pagos; y, además, se tonificaría la liquidez internacional. El problema está en que la medida podría ser imitada por las otras potencias capitalistas, en un acto de defensa de sus balanzas de pagos y de su producción nacional y, por otra parte, no conformar en los propios Estados Unidos a los diversos grupos burgueses. La devaluación del dólar es, además, un arbitrio ya utilizado y que no ha dado los resultados apetecidos; más bien, ha generado un exceso de liquidez mundial que es, en gran medida, la causa de la inflación que vive actualmente el mundo capitalista.

2. Restricción de sus créditos, limitación de su circulante, cortar sus inversiones privadas, y frenar sus gastos en el exterior a fin de equilibrar su balanza de pagos. Evidentemente todo esto puede Washington hacerlo. En realidad, algo de esto ya lo hizo en 1929 y los resultados están a la vista. Repetir una medida de esta naturaleza sería similar a cortar las arterias del organismo humano o volver una criatura al vientre maternal.

Frenar los gastos norteamericanos en el exterior sería frenar la internacionalización capitalista, poner un límite a su expansión mundial y precipitar a su economía a una crisis irreversible. Sería estimular la deflación económica norteamericana y propagarla a toda la economía mundial, esta vez, en forma mucho más veloz que en 1929; pues, desde entonces, el mundo capitalista se ha vinculado mucho más estrechamente.

En realidad, entre las alternativas de inflación y deflación se mueve el mundo capitalista. Así, mientras el director del Fondo Monetario Internacional, Johannes Witteveen, en la última reunión celebrada en Washington (octubre de 1974) sostuvo que "hay que buscar un equilibrio en el problema y moderar el crecimiento económico sin causar una contracción mundial"; el Presidente de la Asamblea del Fondo destacó, en cambio, que "si no se gana la batalla de la producción y la productividad para satisfacer las nuevas realidades del consumo, el mundo se verá envuelto en una ola de inflación que penetrará en todos los rincones de la tierra y desquiciará el orden social y productivo".

3. Supresión de la convertibilidad del dólar. En realidad, una absoluta convertibilidad del dólar - oro nunca la hubo. No cualquier ciudadano podía acercarse al Banco de la Reserva y cambiar sus dólares por gramos de oro.

Teóricamente, sin embargo, podría pensarse en una total y definitiva inconvertibilidad y lo que acontecería sería similar a lo ya analizado en el punto primero. La inconvertibilidad equivaldría al límite máximo de la devaluación.

Si la liquidez mundial se ha nutrido, básicamente, a través de nuevas emisiones de dólares; la suspensión de su convertibilidad destruiría la confianza mundial en el dólar, aceitaría al máximo la maquinaria inflacionaria en todo el mundo y perjudicaría la expansión norteamericana. Sería la quiebra del sistema capitalista.

4. Favorecer una mayor y más intensa participación estatal en la actividad económica. Esta medida fue ya aplicada como verdadero S.O.S. del sistema durante los prime-

ros años de la década del 60. La aplicación de la medida coincidió con el denominado boom Kennedy-Johnson que se caracterizó por una inigualable prosperidad de los negocios y de los beneficios empresariales y de las grandes corporaciones.

En realidad, una mayor intervención estatal en una economía capitalista se justifica sólo en razón de que el carácter social de la producción ha llegado a un grado tal de desarrollo que le es imposible funcionar sin una asistencia sistemática del Estado. Esta intervención, en el caso norteamericano, parece haber llegado ya al límite permitido por el propio sistema. Rebasar ese límite perjudicaría el ritmo de los negocios privados y podría poner en serio peligro al sacrosanto beneficio, que es el fundamento de la inversión y la expansión del capital norteamericano. Además, el funcionamiento de las grandes corporaciones monopolísticas multinacionales, como nuevas formas empresariales, muestra una tendencia a separarse del control público de las principales potencias capitalistas.

Las medidas planteadas no agotan ni mucho menos el arsenal de instrumentos al cual podrá acudir Washington para diferir y postergar el momento de su colapso final. Agitados e imprevisibles acontecimientos podremos presenciar en los próximos meses. La ansiedad por sostener su hegemonía impulsaría a Wall Street y al Pentágono a perfeccionar la explotación sobre el mundo periférico fortaleciendo su alianza con los círculos militar-oligarcas nativos y desplegando una sutil o abierta represión, que generalmente ha coincidido con los ciclos depresivos de la economía norteamericana.

En la búsqueda de "soluciones", el imperialismo estará dispuesto a asociarse con el Estado en una clara tendencia hacia la conformación de un capitalismo monopólico-estatal. Esta tendencia, que ya está en curso en América Latina, será más visible conforme más acelerado se vuelva el movimiento mundial en favor de la descolonización y el avance del socialismo. Por supuesto, estas nuevas formas de intervención del capitalismo en su etapa monopolista y de creciente internacionalización, traerá consigo no sólo substan-

ciales modificaciones en los mecanismos internos de dominación, sino que generarán también nuevas formas de expresión y enfrentamiento político.

La agudización de las contradicciones de la potencia hegemónica y su universalización creciente parecerían garantizar que el sistema capitalista, como modo de producción, ha iniciado el final de su existencia histórica. El límite de tal existencia histórica coincidiría con la revolución socialista, la cual, por supuesto, no se dará como un hecho natural, automático, pacífico y espontáneo. Si conforme hemos afirmado, el capitalismo hará uso de toda clase de recursos para preservar su existencia, es legítimo concluir afirmando también que no habrá socialismo sin lucha antimperialista en el marco de una acción revolucionaria capaz de actuar en coyunturas históricas determinadas. Y lo que acontece es que el mundo socialista también vive un período en el cual no ha podido aún superar una serie de discrepancias relativas a su construcción y a su propia estructura ideológica.

Mientras tanto, se juzga muy improbable que en la década 70-80 se produzca otro 1929 y ello, no obstante los graves acontecimientos que están sacudiendo al mundo capitalista, así como el franco estancamiento en el que al parecer ha entrado la economía norteamericana. Mientras no se den cambios radicales en favor de una reducción drástica del área de explotación imperialista, el capitalismo seguirá adaptándose indefinidamente a sus insalvables contradicciones.